



Con Ricardo Gullón en Santander. 1956

ra, podía ser el nombre del lugar. Padre y hermano, como el Boñicer del galdosiano *Caballero encantado*, daba la impresión de hallarse deshabitado.

Alguna cara semioculta tras los postigos de una ventana nos veía deambular, con curiosidad semejante a la que nos llevaba por callecitas en que nuestros pasos resonaban, avisando a los vecinos del tránsito de personas extrañas. Junto a la cruz de la plaza dos muchachos esperaban no sé qué ni a quién, si es que no se limitaban a dejar correr las horas en el tiempo llamados los naturales de Calatañazor y ninguna hipótesis resultaba aceptable: ¿calatañazoreños?, ¿calatañazoranos? No, no podía ser. «Preguntemos a estos chicos», sugirió José Antonio, y dirigiéndose al más cercano, un rapaz de no más de once o doce años, de sopetón le encajó la pregunta: «¿Cómo os llamáis los vecinos de este pueblo?». El muchacho no entendía y Manolo o el propio José Antonio, si no yo mismo, dio el ejemplo: «Mira, los de Soria, son sorianos, los de Burgos, burgaleses, los de Bilbao, bilbaínos; ¿qué sois los de Calatañazor? ¿calatañazoreños?». Pensó el aldeanillo un instante y al punto, sin vacilar, dijo: «los de Calatañazor somos villanos». ¡De cuán lejos y de qué cimas de la tradición y de la sumisión llegaban estas palabras tan de verdad! Otra lección para el historiador que no quería aprenderlo todo en los libros.

Nos separamos en Calatayud: mis amigos tomaron la ruta del Mediterráneo y yo marché a Madrid donde me esperaba quien iba a ser mi mujer tres semanas después. Octubre de 1934, viajamos a Francia (otro rito, éste para recién casados) y estando allí nos llegaron noticias de la revolución de Asturias y la orden de regresar inmediatamente a Soria, como lo hicimos. En las vacaciones navideñas encontré a José Antonio muy diferente al que había dejado cuatro meses antes al separarnos en Calatayud. Su posición política era muy otra: de un catolicismo liberal había pasado a creer en José Antonio Primo de Rivera como el único baluarte contra la disolución social que a su juicio amenazaba al país.

## La guerra y la paz

Primera consecuencia del viaje de 1934 fue la publicación en *Revista de Occidente* de un ensayo excelente, «Castilla o la moral de la creación», acaso sobrecargado de centralismo, pero desde luego lúcido y escrito con el rigor y la claridad predicados y practicados por Ortega. Leía más que nunca y estudiaba con vistas a opositar a cátedra universitaria, cuando llegó la guerra anunciada y deseada por los impacientes con la política del Frente Popular y por los extremistas de «las dos Españas». José Antonio, Luis Felipe Vivanco y yo estábamos en Madrid; Manolo Gil en Teruel; Leopoldo y Juan Panero en Astorga; Luis Rosales en Granada; Santeiro y Díaz Berrio no recuerdo dónde...

Los primeros días de la contienda, desdoblada en revolución, fueron tan dramáticos como todo el mundo sabe. Sin prueba en que apoyarse, la autoridad del Gobierno quedó reducida a una sombra. Intentó restablecerla, con parvos resultados. Los particularismos operaban libremente: los comunistas desde el Quinto Regimiento; los socialistas y republicanos en sus milicias respectivas; la C.N.T. en las brigadas de choque que defendieron la Ciudad Universitaria y paralizaron al ejército nacionalista.

A Luis Felipe le encontré con relativa continuidad en los primeros días de la guerra; a José Antonio no le vi hasta finalizado el verano de 1936. Vestía cazadora de cuero color castaño y portaba gorra de hule, con larga visera, de los milicianos cenetistas. Un amigo, no sé quién, le había enrolado en un grupo que le garantizaba protección y le proporcionaba el chusco de pan que, con el tabaco, era tan codiciado en el Madrid de las largas colas, sitiado por las tropas del general Franco.

Hablamos de Salvador Lisarrague, que por una especie de milagro —y por la intervención de Angel Ferrant y otros amigos— pudo salir de la Academia de Bellas Artes, tras entregar a sus captores unas hojas en que explicaba por qué era falangista. Su propia confesión le salvó, pues los milicianos pensaron que la cabeza de quien se declaraba tan paladinamente su enemigo no regía bien, y así admitieron como buenas las alegaciones de Ferrant sobre trastornos mentales del detenido, y lo pusieron en libertad.

Hasta mi marcha a Alicante nos encontramos con cierta regularidad, y en cada entrevista veía yo a José Antonio más tranquilo y, desde luego, más confiado en la victoria del franquismo. Otra vez la lectura le absorbía y otra vez hablamos de libros y de autores. Encerrados en casa donde, al oscurecer, leíamos sin parar; yo las novelas y cuentos de Dostoievski; él libros de política y de historia principalmente.

Paz, matrimonio y cátedra universitaria regularizaron la vida de Maravall, entregado al trabajo fecundo y estimulante. En 1949, director del Colegio Español en Francia, le visitamos Manolo Gil y yo y cenamos con él y María Teresa en su casa. Todo iba bien, salvo la rebeldía de algunos jóvenes republicanos que en un par de ocasiones le crearon dificultades. Nos contó la historia de un torero andaluz que, invitado a una fiesta «existencialista», tomó la cosa por donde quemaba y, sin darle vueltas, intentó forzar —si este es el verbo apropiado— a una muchacha semi-desnuda que estaba a su lado.

Pequeño escándalo, detención del torero y telefonazo a la embajada española; por ausencia de los funcionarios llamados a medias en el caso, le pidieron a José Antonio que realizara las gestiones pertinentes para que el bravo mozo recobrarla la libertad. No fue difícil lograrlo, pues la semi-desnuda, repuesta de la sorpresa, no veía con malos ojos al español, primitivo quizá, pero con un primitivismo no carente de atractivo para la sorprendida por su acometividad.

Destinado en Santander, allí estaba cuando José Antonio padeció en el palacio de la Magdalena un infarto que le puso en grave peligro. Internado en la Casa de Salud de Valdecilla, allí le visitamos casi a diario, asistiendo a una recuperación lenta y firme en cuyo éxito tuvo no escasa parte la voluntad de vivir, estimulada por la serenidad de su mujer, segura de sí y del futuro.

Primera salida del hospital, a nuestra casa del Muelle: el panorama de la bahía, con Peña Cabarga al fondo, debió de parecerle doblemente hermoso y doblemente atractivo a quien lo miraba con ojos de resucitado. Respiró hondo el aire del mar y acercándose me dijo, nada más y era suficiente, «¡Qué belleza! ¿Qué belleza!» María Teresa, a su lado sonreía.

En los años cincuenta pasé cuatro años en Puerto Rico y el otoño de 1960 me trasladé a Estados Unidos. Veíamos a Maravall en los meses de vacación, almorzábamos en su casa o en restaurantes propicios. En una de esas ocasiones le encontré muy contrariado

y no tardó en exponer el motivo de su contrariedad: el diario *Ya* había publicado el día anterior una lista de catedráticos universitarios que acumulaban mayores emolumentos, y él, jefe de división en el Ministerio de Educación y director de *Cuadernos Hispanoamericanos*, figuraba en primer lugar.

## Cuadernos

Una tarde, después de comer en un figón de la calle de Lista, recapitulamos las ventajas y los inconvenientes de los voluminosos números monográficos que venía publicando *Cuadernos*. Reunir bajo la misma cubierta veinte o veinticinco artículos sobre un autor facilitaba la consulta y utilización de los textos y contribuía a acelerar las investigaciones del especialista. Así el valioso número dedicado a Antonio Machado treinta años atrás.

Mas el exceso de originales amenazaba, por su misma abundancia, reducir el nivel del recientemente aparecido en homenaje a Manuel y Antonio. Explicó Maravall que para los volúmenes monográficos se solicitaba abundante cantidad de artículos, pensando que muchos no podían o no querían participar en la empresa, pero que estaba dándose el caso de que la gran mayoría enviara un texto que, por haber sido solicitado, tenía cierto derecho a ser acogido en *Cuadernos*. O, dicho en otros términos, que sería el lector y no el director y los redactores quien separase el grano de la paja. Disentía yo de esta solución y José Antonio, sin negar la validez de mis razones, declaró la dificultad de rectificar, salvo eliminando los números monográficos, generalmente bien acogidos por colaboradores y lectores.

Proseguían los estudios históricos y el saber de José Antonio no le quitaba pasión en la defensa de tesis bien fundadas y bien argumentadas. No tan seguro parecía en las incursiones que realizaba fuera de su ámbito natural de trabajo, en la novela picaresca, donde se enfrentaba con la barrera del especialismo.

En los últimos tiempos su actitud político-social había cambiado y llegó a declarar su disconformidad con lo escrito en años lejanos. No hacía falta renunciar al pasado: con rectificarlo basta. El corazón podía ser físicamente débil, pero el temple de ánimo se mantuvo firme hasta el final. Conmoverador resultaba ver a aquel hombre viejo y enfermo esbozar para mañana el proyecto que sucedería al que, venciendo debilidad y cansancio, terminaría hoy.

**Ricardo Gullón**